

la actriz que acaba de crear el papel de Manola en le *Jour et la Nuit* posee una gran muñeca á la que dá el nombre de hija. Sabe decir papá y mamá; puede ver todo con sus ojos de esmalte y nunca llora. No tiene el defecto que las niñas tienen: nunca crece. Cuando mamá quiere, duerme; cuando mamá quiere, despierta. Dice papá de igual manera á todos los amigos de la casa. Es obediente. Los goznes de su pequeño cuerpecito están limpios y nuevos. Nadie puede seducirla.

Cuando la Ugalde vuelve á su palacio, cargada de ramilletes y coronas, va á besar la frente fría de la muñeca. Y es que la mujer necesita ser madre, ó cuando menos, parecerlo. Pero en el mundo de los bastidores las niñas viven poco, ó, cuando viven, se escapan el mejor día con un corista. Por eso las princesas de la ruina jamás tienen una cabeza rubia y pequeñita que besar, cuando los aplausos se van alejando, como se aleja para el viajero que viene de Veracruz el ruido de las olas. El mundo las abandona y las arroja como se tira una camisa sucia; la miseria de formas angulosas, arrima su desvencijado y pobre asiento al mármol de la agonizante chimenea. Las mujeres que viven muy acompañadas, mueren solas.

\* \* \*

La representación había acabado. La sala estaba casi á oscuras. En el pórtico se oía la voz sonora y brusca de Comelli dando las últimas órdenes. La compañía fué desfilando. ¡Adios y buena suerte! ¿Cómo terminarán estas mujeres?

## LA ODISEA DE MADAME THÉO.

¡Escribir una biografía de Mme. Théo! ¿Y para qué? La biografía, como la nodriza de Julieta, es la mujer hurafia que nos habla de torpes realidades, cuando el ala del sueño nos levanta. Para un artista, Mme. Théo no tiene biografía. Poco importa saber si nació en París el año de 55 y si la madre administraba el café cantante del Horloge. Para el artista que la admira en el teatro, Théo nació de la espuma como Afrodita, ó brotó del corazón de una campanula. A las estrellas no se les pregunta jamás la edad que tienen. La mariposa que revolotea sobre las flores, no sabe en dónde queda su crisálida.

Los biógrafos os dirán que sus maestros la enseñaron á cantar. Yo prefiero creer que la enseñaron las alondras. Los biógrafos os dirán que se casó á los diecisiete años con un sastre y que ha tenido ya seis hijos. Yo que, como Alfredo de Musset, busco la nieve de las altas cimas, no pisada por ninguno, prefiero suponer que esa hada alegre de cabellos rubios ha vivido en una urna de cristal de roca ó en el interior de una perla hueca. Para mí, Mme. Théo, no es la esposa del apreciable cortador empleado en la sastrería de Durantoy: para mí, Mme. Théo es Rosa Friquet, Clairette, y Marjolaine y Pomme d'Api. Su mundo reducido es el teatro; su cielo, el de las bambalinas; su edad, la de la rosa carmesí que se marchita en su corsé, y su marido de un minuto, el tenorcito con quien la casan invariablemente al terminar el espectáculo. No tenemos derecho para verla á la luz de la bomba deslustrada que alumbra los secretos de su tocador. Yo no sé si ha cantado en París ó en Bombay, en Nueva York ó en Yokohama. Dejadme verla desde mi butaca, y leer su curiosa biografía en las líneas azules de sus venas. ¡Bah! los idiotas que van á hojear los libros del notario y los registros de la parroquia, para hablar de Théo, nada saben de su vida. Preguntádsela á los duendes que habitan en un frasco de pomada, y á los amantes genios que para verla más de cerca viven á la sombra de sus pestañas.



El limbo es un país color de rosa que está á mucha distancia de la tierra. Allí no hay más que niños y flores; pero los niños aman y las rosas son de carne. En esa tierra venturosa no hay cámaras, ni gobierno, ni municipio. ¿Para que? La luna se encarga del alumbrado, por las noches, y los carruajes no atropellan á nadie, porque van por el aire tirados por palomas. A ningún transeunte le roban el reloj, porque no hay relojes. Los niños habitantes de ese cielo sin Dios, cuentan los segundos por los besos que dan á sus novias las rosas. Allí no hay queridas que engañen, ni maridos que maten, ni mujeres que voten. Allí hasta el vino es puro. Allí no iremos nunca ni M. Capoul ni yo.

Es un error creer que las niñas que mueren sin bautismo van al limbo: las niñas jamás mueren inocentes. Van al limbo los pequeñitos que se mueren porque sus padres no llamaron al Dr. Licéaga, los poetas que creen en amor, los soldados que dan su vida por el rey y los que van al teatro por oír el drama. Como la puerta es muy bajita, todos se hacen pequeños para entrar, y nadie es de la talla de D. Francisco Gómez del Palacio. Las estaciones se conocen nada más por el color; la Primavera es color de rosa; el Estío es color de oro; el Otoño, azul, y el Invierno, blanco. Las bibliotecas públicas no tienen más novelas que la "María" de Jorge Isaacs, "Pablo y Virginia," los "Cuentos de Carlos Dickens" y la "Magdalena" de Sardeau. Las aves viven juntamente con los niños, porque ninguno de ellos ha inventado la pólvora, y el agua de los ríos es tan azul como los ojos de ángeles y las hojitas de los «no me olvidés.»

De cuando en cuando, Dios envía á ese mundo poblado de perfumes y sonrisas, una excelente compañía de ópera. Contratan al ruiseñor por diez mil duros cada mes; á la alondra por una suma semejante, y la nueva Naturaleza queda en el encargo de hacer las decoraciones y los trajes. El tenor y la tiple cantan con acompañamiento de aguas y de brisas, y el sol les paga con sus rayos de oro. Allí cantó Théo por la primera vez. Una mañana azul de Invierno, á la hora en que las aves están ebrias de luz, y las gardenias ostentan sus diademas de rocío, madre Naturaleza, satisfecha con el contento de sus criaturas, entró risueña á su laboratorio, en el que hay rayos de sol, cautivos en angostos cañutos de cristal de roca, y aromas de heliotropo embotellados. Madre Naturaleza tomó un poco de esa porcelana que imitan torpemente en Sèvres, y se puso á formar una estatuita, propia para regalo de año nuevo. Madre Naturaleza sabe mucho, más que todos los artistas de la tierra. Por eso logró hacer la muñeca más mona y más coqueta que los ojos humanos han mirado. Mojó un cabello de ángel en las húmedas hojas de la balsamina, y con ese pincel imperceptible le fué pintando labios y mejillas. Entretanto, el crisol en que estaba hirviendo el oro líquido, para proveer al sol de rayos nuevos, comenzó

á derramar sobre el horno, sin que madre Naturaleza lo mirara; hasta que algunos de sus hilos áureos cayeron en la cabeza de la muñequita. De esa manera se formaron sus opulentas trenzas rubias. En la boquita, que parecía una fresa abierta en dos, arrojó la gentil Naturaleza todo un pomo de esencia de heliotropo. La muñeca sabía decir papá y mamá. Decía "Papá" á todos, como si fuera hija de una corista. Pero madre Naturaleza no se conformó con esos rudimentos de elocuencia, y dió á la niña el peligroso don de la palabra.

Desgraciadamente, una vez terminada la muñeca, madre Naturaleza dijo para sus adentros:—¡Me he lucido! A mi edad y después de haber pasado por tantas pasiones volcánicas, no sentiría bien que comprase una casa de muñecas. Además, esta criatura no es una muñeca; es una mujercita hecha y derecha. Tengo que enviarla al mundo, so pena de que retoce en mi laboratorio y rompa los pomos de cristal en donde están almacenados los espíritus. Y es el caso, que siento deshacerme de esta joya. Nunca he hecho cosa más delicada y exquisita. Y si la mando al mundo me la rompen. Y si la llevo al cielo, no ha de querer San Pedro recibirla; porque así como en el mundo las damas necesitan ir prendidas con diamantes, para entrar en los bailes de la corte, así para obtener entrada al cielo es preciso llevar algunas lágrimas. Con esa cara de travesura y esa risa de colegiala, nadie llega al Paraíso.

¡Buena la hemos hecho!

Afortunadamente, por aquellos días, Diciembre estaba próximo á acabar, y los ángeles del limbo habían enviado una cartita atenta á la madre Naturaleza, suplicándole que les enviase su regalo de año nuevo. La hermosa matrona, que no se parece á Hélene de Leroux más que en la amplitud de su corsé, guardó en una caja de ébano forrada de raso blanco acolchonado, la muñeca que con tanto primor había construído. Para que no hablara ni cuchichease en el camino, le cerró la boca con un pastel de crema, y en tal guisa, por conducto de algún cochero de la diligencia, la envió al limbo. La muñeca no se movía ni hablaba: pero olía y la plática del postillón con el cochero no era por cierto nada edificante. De ese modo aprendió mil *cocheradas* que después repetía, sin entenderlas.

En la puerta del limbo no hay aduana; y además, como lo que iba dentro de la caja era una mujercita en todas formas, la envoltura tenía este rótulo elocuente: *Frágil*. No hubo, pues, tropiezo alguno, y la graciosa caja, envuelta en triple forro de papel, llegó intacta á su destino. Los niños la abrieron con grandes muestras de alegría, y la muñeca, ya cansada de ir tendida en el diminuto



colchón de terciopelo, saltó moviendo sus desnudos brazos y cantando una de las siete mil doce canciones que había aprendido en el conservatorio de la Naturaleza. Fué de ver el asombro de los chiquuelos. Ya está dicho que al limbo no van nunca las mujeres; por lo tanto, contemplaban perplejos y asombrados aquella maravilla de hermosura, desconocida hasta aquel instante para ellos. Como tampoco han visto nunca el cielo, y saben por un niño que se murió en el tiempo de Perikles, que hay muchos dioses, lo primero que sospecharon fué que un Dios había venido á visitarles, y todos á una exclamaron: ¡Théo! (conviene á saber que en el limbo se habla el griego, gracias á la influencia del ilustrísimo señor obispo Montes de Oca).

Sin embargo, su error no duró mucho. Pronto se convencieron de que la coquetísima muñeca no era un dios; porque los dioses suelen tener cierta formalidad, impuesta por su oficio, y la muñeca comenzó por enseñar la lengua á todos y por pellizcarles amistosamente la nariz. Algunos socarrones que habían dejado el mundo á los cuarenta años y que habían ido al limbo, en gracia de estar suscritos al *Monitor*, comenzaron á decir á voz en cuello, que el obsequio de la madre Naturaleza era una mujer, ni más ni menos. ¡Una mujer! ¿Y qué es una mujer? Esta pregunta dejó de una pieza á los varones maliciosos de la población.

Una mujer, dijo alguno de ellos, es un hombre á quien Dios no le da barbas, porque no sabría estarse callado mientras lo rasuraran. Afortunadamente los santos padres ya no estaban en el limbo, que de haber estado, hubieran dicho cosas estupendas en contra de la mujer. Bien es verdad que los niños no se curaban mucho de los dices y vitoreaban con entusiasmo á la muñeca, gritando en coro: ¡Théo! ¡Théo!

Esto pasaba el día de la Circuncisión. Naturalmente la algazara y ruido que metían los pequeñuelos, no asombraron á los ángeles, porque sabido es que la mañana de año nuevo es la más borruquenta y regocijada para los chiquitines de uno y otro mundo. Pero la dicha, hasta en el limbo, es fugitiva. A los dos días, ya había habido porrazos en la calle, y dos niños se habían cambiado sus tarjetas, y un antiguo abonado á las butacas laterales del teatro, que á fuerza de vejez se habían ido al limbo, amaneció ahorcado con una corbata en la rama más alta del árbol de Navidad.

¿Qué apostamos—dijo el arcángel encargado de cuidar el limbo—¿Qué apostamos á que la madre Naturaleza ha hecho alguna de las suyas?

Desazonado é impaciente, el ángel entró al limbo con una cara de despide huéspedes. ¡A tiempo! Los niños estaban ya escribiendo versos y disertando en el Ateneo sobre los dos hemisferios del globo terráqueo, ¡Una mujer en el limbo! ¡Y qué mujer! La más gracioso

sa y pizpireta y retozona que se ha visto desde hace más de mil años á la fecha! Precisamente cuando el ángel llegó al limbo, Théo cantaba estas coplas que había oído al postillón de la diligencia y que ahora cantaban el acto primero de la "Marjolaine."

Pendant que vous dormiez encore  
Ce matin, mon tendre mari,  
Je me levais avec l'aurore  
Et gagnais le sentier fleuri;  
Le soleil paraissait à peine  
Sur les côteaux tout empourprés,  
Et bientôt je fus dans la plaine, } *bis.*  
Pour me promener dans les blés.

Je marchais dans la solitude  
Quand j'entendis un petit cri . . .  
Je m'approchais . . . s'était Gertrude  
Qui jacassait avec Landry.  
Leur plaisir devait être extrême,  
Ils étaient tous deux fort troublés . . .  
Ah! c'est bien gentil quand on s'aime } *bis.*  
De se promener dans les blés.

Mais soudain, le garde champêtre  
Parut et dit d'un ton brutal:  
"Je ne vous ai pas pris en traître,  
"Je dresse mon procès-verbal! . . ."  
Tous les deux, pleurant à cœur fendre,  
Le suivaient, de honte accablés . . .  
Ah! c'est bien méchant de défendre } *bis.*  
De se promener dans les blés.

El ángel no quiso oír ni una palabra más. Tomó á Théo del brazo, y sin atender la vocería de los inocentes, la sacó del limbo. Los niños pidieron amparo; pero Ricardo Ramírez no era ya juez de Distrito, y no pudieron obtenerlo. Y eran de ver sus desahogos, sus rabiets y la manera con que amenazaban al ángel, apretando los puños.

—¿Quiéren ustedes al violinista Remeny?

—No queremos.

—¿Quiéren que venga una compañía de ópera cómica á cantar el "Dominó Negro" y "Carlos VI?"

—No, tampoco.

Y los niños, desesperados clamoreaban sin descanso, mientras Théo, en brazos del ángel, subía y subía con dirección al cielo.

\* \* \*

—Ahora ¿qué hago con esto?—dijo el ángel;—si la llevo al infierno va á aumentar la concurrencia. Si la llevo al Paraíso, trastorna á San Elías. Mejor será dejarla en una estrella: en Venus.



Venus es una estrella color de rosa como el cutis de Mlle. Derivis. Allí, los que se han amado mucho en esta tierra, van á seguir su interminable duo. Romeo vive en los cabellos de Julieta, perfumados de amor; y Paolo dormita entre los brazos de Francesca. Las afroditas atraviesan el mar, recostadas en un colchón de espuma, y Ofelia deshoja su guirnalda sobre el azul espejo de las aguas. Allí llegó Théo, después de recorrer en brazos del arcángel los oscuros desiertos neptunianos. Como el camino es largo, largo, había crecido Théo durante el viaje. El ángel, enamorado de sus dientes blancos, de sus pupilas habladoras y sus labios color de sangre, prolongó cuanto pudo su excursión.—¿Ya es aquí?—Preguntaba Théo impaciente—Y—No, no hemos llegado aún—le respondían. Y de ese modo atravesaron mil regiones en que la atmósfera está compuesta de pequeñas moléculas de oro y mundos de colores tan diversos como la cola del pavo real. De cuando en cuando, la pareja se detenía en alguna isla del infinito mar azul, y mientras Théo dormía, las estrellas bajaban é iban á pararse como palomas, en sus hombros. Saturno ciñó su dedo con el rico anillo que antes le rodeaba, y Júpiter hizo con sus fulmíneos rayos un hachero, para alumbrar su marcha en el espacio. Y—¿Ya llegamos?—preguntaba Théo—Y—Poco nos falta ya—le contestaban. Y es que el ángel hacía en esos momentos lo que el novio cuando al obscurecer de un día lluvioso encuentra por las calles á su amada. Le da el brazo, la cubre con su paraguas, y la lleva, torciendo calles y sorteando esquinas, por el camino más difícil y más largo, hasta la puerta misma de su casa. La novia finge que no comprende la superchería, y va oprimiendo el brazo de su amante y escuchando cómo llueven las gotas sobre la seda del paraguas, y cómo desgrana el amor sus collares de perlas. Pero, al cabo, la novia tiene que llegar á casa, como el ángel tenía que llegar á Venus. Y llegaron, y Théo, impaciente, saltó á la concha nácar que sirve de embarcación en esos mares, y el ángel quedó triste, como Pablo al seguir con la vista el barco en que iba Virginia.

¿Cuántos días, cuántos meses, cuántos años, pasó Théo en aquel planeta? El duende que me ha referido todos estos pormenores y detalles, no me supo decir la cifra exacta. De esto y de sus curiosas aventuras en la estrella del amor, hablaré con más datos cuando llegue el caso.

En Venus no hay más que un solo teatro: los Bufos. Y un solo músico: Offenbach. De allí bajaron á la tierra Hortensia Schneider y Judic. De allí también nos vino Mme. Théo. Pero ¿de qué manera? Es muy sencillo. Cuentan los duendes, que, hace pocos me-

ses, los diarios del planeta, instruidos en los achaques astronómicos, anunciaron el paso de Venus por el disco del sol. La noticia era fidedigna. Solo de escucharla corrían gruesas gotas de sudor por el cuerpo de las hermosas afroditas. Figuraos que Venus es una tierra muy caliente de por sí, y que, á medida que se acerca al sol, aumenta la elevación de su temperatura. En esa estrella, Mlle. Blainville se habría convertido en una nubecilla de vapor.

Al solo anuncio de ese paso tremendo, Mme. Théo sintió que se liquidaba como la perla de Cleopatra. Vivía á sus anchas, es verdad; pero los horrores de ese insólito verano, no eran muy de su agrado que digamos. Afortunadamente los telegramas que del Banco Franco Egipcio recibían las afroditas, les indicaban un medio honesto de ponerse en salvo. Ramón Guzmán había intentado una de esas empresas colosales que harán época en los anales de la historia. Aprovechando los descubrimientos astronómicos del señor Zúñiga Miranda, Ramón Guzmán había resuelto utilizar el cometa para hacer viajes de recreo en el mundo de los astros.

No hacía falta el vapor, porque, según la ciencia, las colas de los cometas están compuestas de vapores. Para alumbrar el interior de los wagones contaba con la cabellera, que es gaseosa. Por modo que, en un abrir y cerrar de ojos, el cometa se transformó en un gran convoy, con carros de dormir, cocina, tocadores, salas de billar, y wagones de pockart para los aficionados. El cometa, además, debía servir para hacer viajes de la tierra al sol, con escalas en todos los planetas. Como era de esperar, el príncipe de Gales tomó un boleto para Mercurio, de ida y vuelta.

Mary Vallot y Mlle. Boisson, que habían nacido en Venus, supieron anticipadamente la noticia. Comunicáronla á Théo, y las tres juntas, burlando la vigilancia de las otras afroditas, tomaron el tren en la estación más próxima.

De esta manera peregrina é inaudita, vino al mundo la encantadora artista de opereta que hoy aplaudimos en el teatro Nacional. Los biógrafos dirán que no es así; pero los biógrafos sesudos se equivocan.